FUNDACIÓN menudos corazones

II Concurso de Relatos Breves

Del corazón al papel

Relato Ganador Categoría Personas Adultas

"El día de la carta"

Autor: Gabriel Muñoz

Era el primer día de septiembre de un año cualquiera, de no hace muchos septiembres. Era uno de esos días de bajón anímico; volver al trabajo tras unas maravillosas vacaciones siempre había sido muy duro, entiendo que como para la mayoría de las personas, pero para mí un poco más, porque no me gustaba nada ni trabajar ni mi trabajo. «Ya queda menos para la retirada definitiva», me repetía constantemente. Al igual que en muchos otros momentos en la historia de mi vida, tenía idealizado el del adiós y, dado que ya me conocía bastante bien después de más de diez lustros conviviendo conmigo mismo, estaba convencido de que cuando llegara y tras el primer espasmo de júbilo, lo que quedaría sería un hueco en mi ánimo y en mi aparato digestivo que habría de rellenar con otro anhelo que lo sustituyera. Al menos tenía el consuelo de pensar que aún me quedaban unos días de jornada intensiva.

Finalmente, aquel fue un día menos duro de lo que cabría esperar. Había teletrabajado toda la mañana poniéndome al día del estado de los proyectos en los que andaba involucrado cuando me fui de vacaciones y había comprobado que, como esperaba, todos y cada uno de ellos se encontraba exactamente en el mismo punto donde los abandoné tres semanas atrás. Después de la jornada me preparé una ensalada, bajé a Caty —mi preciosa bulldog color ceniza— para su paseo y recogí la correspondencia del buzón, que de tan lleno que estaba, parecía querer vomitar los excesos de comida tras una noche de desenfreno. Le di satisfacción y al revisar su contenido encontré muchos panfletos publicitarios y algunos sobres. Los primeros los devolví a otro buzón cualquiera, uno que vi más vacío; me encantaba imaginar la cara del vecino al encontrar la misma publicidad de nuevo en su cubículo. Los sobres los estudié con más detenimiento: una cita del hospital Puerta de Hierro para la revisión de urología, el aviso de pago del IBI del ayuntamiento, una carta del ministerio que me aconsejaba llevar el coche al taller para una revisión rutinaria y, al final de la montaña, un sobre sin

remite con la dirección escrita a mano, con mala letra y con trazos desiguales, como si el remitente estuviera a bordo de un tren al escribirla. Eso sí, estaba dirigida a mi dirección correcta y a mi persona. Y algo que me llamó la atención de inmediato fue que incluía mi segundo nombre de pila, ese que únicamente utilizaba mi pobre madre para reprenderme de cuando en cuando en mi niñez.

En Alcorcón, a veintiséis de agosto del año de Nuestro Señor de dos mil veinticinco.

Estimado señor don Manuel Alfredo Pérez:

Espero que la presente misiva le halle en perfectas condiciones de salud. Envolviendo en ella el mayor afecto y profundo respeto, me dirijo a usted con un doble propósito: por un lado, me gustaría rememorar aquellas épocas en las que compartimos momentos que el tiempo no ha logrado llevar al olvido y, por otro lado, quisiera permitirme la osadía de molestarle con algunas humildes solicitudes, confiando en su amable disposición.

Trae a mi memoria un fatídico día hace ya más de cincuenta años cuando, tras un periplo estival en el pueblito abulense de un familiar, en el que los baños en sus gélidas y torrenciales aguas fueron diarios, usted, su hermano Rubén y yo mismo, nos vimos envueltos en una vorágine inesperada de pastillas, inyecciones, frío y convulsiones que había causado aquellas arcaicas ya fiebres reumáticas. Fueron semanas de cama, cuidados y temores, que fabricaron el primer eslabón de la cadena sanitaria de su vida.

En esos primeros párrafos había vuelto a caer en la cuenta de que los trazos de la escritura tenían rayones y había comprobado que estaban espaciados de forma periódica, casi matemática. Cogí un papel y un bolígrafo e hice un rápido ejercicio de reescritura para contar los tiempos. El resultado fue que el escribiente hacía un rayajo cada segundo, más o menos, sin faltar ni uno… no podía ser un tren. No tenía sentido, no entendía nada. Bebí un poco de agua, le puse su comida a Caty y me senté para continuar la lectura con detenimiento.

Rememoro ahora aquella otra ocasión, ya en pleno invierno, en la que acudimos juntos a la consulta del médico de familia por un simple catarro. La dolencia, no obstante, precedió a la frase que grabó en el rostro de su amada madre una mezcla de terror e incomprensión, y clavó un punzón cruel en el medio de mi pequeño ser:
«Su hijo tiene un soplo cardiaco y es necesaria una inspección más profunda». La candorosa mente infantil de usted apenas lo escuchó.

Viaja a mi memoria la reacción de sus padres tras aquel cruel episodio, quienes, presos del pánico, la ignorancia y en compañía de su constante precariedad económica, buscaron al mejor cardiólogo del Reino. Y lo hallaron, sin duda. Era el mejor y el más sagaz, aquel que mejor pensaba en sí mismo y en su bolsillo. Con palabrerías y medias verdades les convenció de la necesidad de su ingreso en una clínica privada que él mismo regentaba con el objeto de practicarle un cateterismo e investigar más a fondo la lesión. El resultado fue un anticipo de la modesta nómina paterna de cuatro meses, infinito temor y diagnóstico de estenosis aórtica congénita.

Di un respingo desde la silla. ¿Quién conocía mi historia de esta manera? ¿Por qué solo hablaba de mis problemas médicos? Pocas personas estaban al tanto de todos esos detalles y menos aún de mi segundo nombre. Algo extraño estaba ocurriendo y no era capaz de entenderlo. Lo único que quería era terminar de leer el texto al completo para despejar la duda que ya me corroía.

Evocan mi recuerdo en este momento los mimos, caricias y cuidados que usted recibió; también las revisiones a las que se sometía y se somete. Y, no sin pesar y con ausencia total de denuncia por mi parte, le recuerdo un sinfín de negligencias propias de un infante con anhelos de correr, de jugar al fútbol, de vivir... y a quien el destino le negaba aquellas actividades en no pocas ocasiones. He de ser sincero con usted, mi querido Manuel Alfredo, y expresarle mi más sincero respaldo para con algunas de sus actuaciones en aquellos tiempos de niñez alocada, que estaban lejos de una conducta reglada, como no podía ser de otra manera.

Con sincera melancolía evoco el momento en que alcanzó la decimonona primavera. Llegó con ella el fin del crecimiento físico, que en mi caso se había convertido en obesidad mórbida y la solución a nuestros problemas de salud, de la mano de una prótesis metálica para su maltrecha válvula. Para usted, ésta trajo consigo, empero, el estigma de la enfermedad precoz, la vergüenza infinita por la cicatriz en forma de cordón queloideo que le partía el pecho en dos, el miedo heredado, el escandaloso «clic» cada segundo de su vida, la futura fragilidad de espíritu y el Sintrom para la eternidad.

Y la torasemida. Y la simvastatina. Y el Enalapril. Y el alopurinol.

¡Un clic cada segundo! ¡Uno por segundo! ¡No puede ser! ¿Tendrá algo que ver con los zigzags de la escritura? Llevo menos de diez minutos leyendo y mi cabeza está por estallar. ¿A dónde me va a llevar todo esto?», me preguntaba. La boca se me había secado como si hubiera entrado en un horno a doscientos grados, pero el interés, por el contrario, crecía con cada renglón, palabra a palabra. Antes de continuar con la

lectura, y aunque estaba convencido de haberlo vaciado, bajé las escaleras de nuevo para abrir el buzón a la caza de algo más, quizás alguna pieza olvidada que me ayudara a resolver aquel puzle. No había nada. Volví a subir y continué la lectura.

Creo reconocer lo que este contratiempo supuso para casi el resto de su preciosa vida; a decir verdad, creo que lo sé casi mejor que usted mismo.

Créame que no es de mi agrado, compañero de tantas batallas, pero empuja mi alma en este momento amonestarle humildemente: he de decirle que debió cuidar más su salud, concederle mayor preeminencia. No quiero observar un abandono mayúsculo, más un empeño mayor en los cuidados habría obrado en beneficio nuestro.

Y, sin ánimo de ofender a su persona, quiero poner de manifiesto algunas de las controversias que mantengo con usted, las más relevantes o quizás las que mayor huella dejaron en mi ser: su propensión a la gula y la incesante búsqueda de la dieta definitiva, siempre esquiva. O los excesos poco después de alcanzar la segunda madurez, esa su segunda juventud, esa su primera libertad. Los viajes de ida y vuelta por la senda de las emociones. O incluso los coqueteos constantes por las muy diferentes ocupaciones laborales, que siempre eludieron un presente y un futuro equilibrados para usted.

Le agradezco, no obstante, su inexistente propensión a las drogas y otros excesos, que seguramente evitaron menoscabos mayores en su, nuestra existencia.

Permítame que, con toda humildad, evoque aquella madrugada de desvelo y copas, cuando ya había usted entrado en la edad de la cuarentena, en que su vientre comenzó a mostrar crecientes hematomas, consecuencia de una peligrosa disminución en su nivel de coagulación; aquella adversidad, sumada a la elevada tensión en sus arterias, constituía un cóctel letal próximo a estallar. O los grabados indelebles impresos en su piel, que siendo, bien lo sé, el fruto de un amor sincero y profundo, no dejan de representar un riesgo latente para su noble persona.

¡Cuídenos un poco más, don Manuel Alfredo!

Reciba usted, señor mío, los más elevados respetos y los mejores deseos para que la fortuna le acompañe siempre, y que el resto de su vida, y la mía, por ende, transcurran de la mejor manera posible. Así lo deseo de corazón.

Sin otro particular, su corazón.

Me dejó helado. Mis piernas tardaron minutos en reaccionar, mi boca no conseguía recobrar su natural humedad, mis ojos fueron incapaces de pestañear por minutos y mi mente comenzó un sinfín de idas y venidas que duraron ni sé cuánto.

¡Su corazón! ¿Cómo que mi corazón? ¿Habría una cámara de esas de «Inocente, inocente» grabando? ¿Podría estar ocurriendo eso de verdad? Ocurrió y nunca hasta el momento en que escribo estas líneas, había hecho partícipe a persona alguna de la existencia y del contenido de aquel salvador escrito.

Y así, la otrora detestada cerveza sin alcohol fue, a partir de entonces, mi mejor compañera de aperitivos. El gimnasio, donde llegué a ser un experto de los ejercicios de fuerza, se convirtió en mi cuarta casa —la segunda y tercera siguieron siendo el campo de golf y el estadio Metropolitano—. La goma de mascar sin azúcar fue el reemplazo perfecto para el tabaco. La escala de mi báscula de baño, a la que desde entonces le sobraron rayitas rojas, redujo su importancia y no la volvió a recobrar jamás. Visité a mi madre en su residencia cada jornada, una tras otra, para disfrutar de su eterna sonrisa. El trabajo pasó a ser un compañero fiel en el día a día de mi vida. Y, gracias a los testimonios compartidos por otras personas —unas con corazón menudo y otras no tanto—, el estigma de reconocerme diferente y enfermo disminuyó su influencia en mi persona para siempre.

Gracias por rescatarme, corazón mío.